

**Anthony Giddens**

***Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas***

Madrid, Taurus, 2000. (e.o. 1999)

Este brevísimo ensayo ejemplifica su propio contenido. Muestra la globalización, ante todo, como efecto de una revolución en las telecomunicaciones que ha creado una audiencia global e innumerables redes de intercomunicación especializadas; el texto compendia, a su vez, cinco breves conferencias radiofónicas que Giddens pronunció en 1988 ante oyentes de Londres, Washington, Hong-Kong y Nueva Delhi, abordando cinco tópicos tópicamente afines a sus audiencias: la globalización y la democracia (Europa), el riesgo (Asia Oriental), la tradición (India) y la familia (E.E.U.U.). Es también ejemplar por exhibir la dificultad de transmitir contenidos especializados o análisis refinados en un marco mediático donde el emisor y los oyentes comparten la misma información anecdótica —lo que favorece un espacio de inteligibilidad recíproca— pero adolecen de tiempo y recursos cognitivos afines para profundizar en una comprensión más compleja y sistemática del fenómeno.

En la más pura tradición sociológica que inicia Comte, Giddens anuncia el advenimiento de una nueva era por efecto del proceso de globalización. Éste consiste, someramente, en la mejora y generalización del uso administrativo, mercantil y particular de sistemas de codificación y transmisión binaria de información (códigos de barras, soportes magnéticos, dinero de plástico, satélites de comunicaciones, microprocesadores, cables ópticos, teléfonos y ordenadores portátiles, etc.) que no sólo ha acelerado la transmisión de información científica, cultural, estadística y, sobre todo, económica, sino que ha hecho virtualmente imposible plantear cualquier traba a los mercados que operan con intangibles, especialmente los financieros y tecnológicos. No cabe duda de que los Estados y las grandes compañías transnacionales son los principales usuarios y beneficiarios de este cambio técnico, al margen de que el proceso tenga una vertiente popular en la difusión masiva del uso de Internet. Sin embargo, por fascinante que resulte el cambio técnico, lo que lo hace objeto de interés sociológico es que, junto a su capacidad para recuperar y acelerar el ciclo de acumulación económica, proporciona los medios para una generalizada e intensa innovación cultural que, a menudo, se percibe como fuente de desorganización y crisis sociales. El surgimiento incipiente de lo que Giddens denomina la sociedad cosmopolita mundial abre una vertiente hacia una mayor cooperación y

solidaridad globales, pero también supone una exigencia de readaptación para muchas instituciones hoy fundamentales, como la nación, la familia, el trabajo, la naturaleza, la tradición, etc.

La reflexión sobre la globalización ha suscitado una conciencia nueva acerca de los riesgos derivados de la mayor complejidad de los entramados institucionales en los que proliferan cada día más las consecuencias inesperadas e indeseadas de la acción. Ejemplos paradigmáticos de riesgo global son hoy la desestabilización del clima de origen antropogénico, la desestabilización especulativa de los mercados financieros, los daños potenciales a la salud pública originados en procesos agroalimentarios industriales insuficientemente garantizados —adulteraciones, fallos técnicos, modificaciones genéticas, fenómenos del todo inesperados como «las vacas locas», etc.—. Hay otros riesgos globales igualmente relevantes, como la desaparición de las culturas indígenas, el incremento de la desigualdad social y económica a escala planetaria o la desestructuración de las economías de los países más pobres, pero sólo esta última puede compararse en popularidad mediática con las del párrafo anterior, y la razón de ello devela el sombrío corazón de la globalización: tanto la renegociación de la deuda externa de los países más débiles como los procesos citados más arriba pueden afectar de manera súbita y catastrófica a los mercados globales de seguros así como a los de valores. Si Karl Polanyi mostró en *La gran transformación* que el patrón oro era el núcleo de la economía y la sociedad de mercado libre en el siglo XIX, estos ejemplos muestran que la *volatilidad* de los mercados de capital es el giroscopio de la nuestra. De otro lado, ese inmenso sistema público de seguros para los riesgos del mercado de fuerza de trabajo que es el Estado del Bienestar es otro de los campos globales de batalla, pues compite por recursos financieros escasos con los mercados; de ahí el constante acoso a su pervivencia. Lo que Giddens llama «riesgo manufacturado» no es un problema técnico que pueda ser resuelto en nuevas instituciones donde se discutan públicamente las incertidumbres del conocimiento tecnocientífico y se frene precautoriamente el cambio tecnológico, sino un problema político que entraña la decisión de arriesgarse a sufrir consecuencias imprevisibles a cambio del logro inmediato de ventajas económicas —como en el caso de los alimentos transgénicos—.

La globalización y el riesgo «manufacturado» son rasgos presentes de la sociedad futura; por contra, la tradición y la familia serían rasgos periclitados. Esto no significa que vayan a desaparecer, pero sí que van a ser desmitificadas y que muchos depositarios de autoridad ligados a ellas verán dolorosamente cómo su influencia se reduce; y se resistirán a ello. Hoy sabemos que las tradiciones se inventan, se adaptan; que su esencia no es la duración sino una repetición ritual que confiere sentido a la práctica. Sobre la base de su reiteración, Giddens compara la tradición «tradicional» y el fenómeno creciente de la adicción moderna (a sustancias que crean dependencia, pero también al juego, el trabajo, el sexo, a la televisión, los videojuegos o Internet); la tradición gobierna el presente desde el pasado mediante creencias y sentimientos colectivos compartidos, mientras que el hábito compulsivo del adicto rige su presente como el único medio de vencer su ansiedad ante el futuro. La tradición es una fuente invaluable de identidad y sentido que, reinterpretada, abre la puerta de la continuidad de una colectividad; la tradición

sobrevivirá si es abierta. Pero también puede intentar la estrategia opuesta, para-adictiva: el cierre fundamentalista —étnico, nacionalista, ideológico o religioso— en torno a una fantasía de pureza e integración comunitarias y a autoridades carismáticas. Si la ansiedad ante el futuro es la patología de la sociedad global, el fundamentalismo lo expresa para sus segmentos menos capaces y las sociedades más vulnerables. Para Giddens, el choque entre los fundamentalismos y la emergente sociedad de tolerancia cosmopolita será una de las grandes fracturas de conflicto en el futuro inmediato.

Aunque se presenta sin dramatismo, no deja de verse que la institución familiar es la posición clave del choque. La familia «tradicional», extensa unidad productiva y de solidaridad, basada en el matrimonio decidido por los mayores, dominada por los varones adultos, con profunda desigualdad legal y sexual entre hombres y mujeres, heterosexual, dio paso en los países industriales durante el siglo XX a una familia nuclear biparental con mayor igualdad legal y una sexualidad menos reproductiva. Hoy, las crecientes oportunidades de empleo femenino y los medios anticonceptivos habrían originado un cambio estructural: hombres y mujeres formalmente iguales buscan y tiene *relaciones* basadas en la pura intimidad y en la comunicación abierta de sus metas, intereses, planes y sentimientos; consolidadas, forman *parejas* homo— o heterosexuales, con o sin descendencia, casadas o no. Su fundamento no es económico —la producción ni el consumo— sino emocional —la convivencia íntima—. Sin embargo, sí tiene un importante corolario socioeconómico: la erradicación del empleo infantil y la generalización de la educación, y especialmente la igualdad legal y la educación de la mujer son las principales fuentes de capital humano para el desarrollo económico y social globales. La democratización de la familia sería el *primum mobile* de la prosperidad.

Esto nos lleva al último tema: la democracia pluralista es hoy el ideal político universal, con la excepción de las monarquías árabes petroleras. A pesar de los escándalos de corrupción y del amplio desinterés por la política partidista —que moviliza a los ciudadanos más hacia los movimientos sociales y las ONGs— el modelo democrático no está en cuestión; la primera proclama de un golpista suele ser que convocará prontas elecciones. No obstante, la creciente importancia de instituciones supra— y plurinacionales, la influencia cada vez mayor de los grupos de presión, interés u opinión y la agitación de las heterogéneas comunidades sub-estatales exigen una profundización democrática en todos estos niveles, así como de sus participantes. Los riesgos económicos, sociales y ecológicos globales demandan alguna forma de «democracia global».

En suma, Giddens ofrece un pulcro y persuasivo argumento: la globalización genera riesgos para todas las sociedades, pero el mayor es que los países emergentes o atrasados caigan presa del fundamentalismo y renuncien a liberalizar y democratizar sus instituciones, empezando por la familia, para integrarse en una sociedad global dinámica y pletórica de oportunidades. Desde Londres parece obvio que sólo ahondar democráticamente los modelos económicos, políticos y sociales que Occidente globaliza puede paliar la inestabilidad y los daños transicionales actuales y futuros. Esta apología no es reprochable a Giddens, sino más bien su omisión de que en un mundo global algunos riesgos son universales. La vulnerabilidad de una economía dependiente de los

hidrocarburos baratos, la creciente inseguridad alimentaria de los países más áridos y más poblados, la proliferación de «mini-conflictos» armados que disuaden la inversión y aumentan el gasto en armas y la deuda, entre otros, pueden causar daños mucho mayores que cualquier oscilación de los tipos de cambio.

JUAN MANUEL IRANZO  
*(Universidad Pública de Navarra)*